

Ser escuchados: Dios en las voces silenciadas

Diversidad sexo-afectiva y pastoral desde el oído

Pbro. Hugo Alvarez

El Evangelio está lleno de gritos. No siempre ordenados, no siempre “correctos”, no siempre cómodos. En medio del camino, Jesús se detiene ante la voz de un ciego que insiste en ser escuchado. Otros intentan callarlo. Él, en cambio, lo escucha.

Escuchar es más que oír. Es detenerse, dar lugar, reconocer que la voz del otro tiene algo que decir que merece ser recibido. En un mundo lleno de ruido, ser escuchado es una forma profunda de dignidad.

Sin embargo, muchas experiencias —especialmente las de personas LGBTIQ+— han sido sistemáticamente silenciadas. No siempre con prohibiciones explícitas, sino con formas más sutiles: hablar por otros, interpretar sus vidas sin conocerlas, reducir sus historias a categorías generales. En muchos espacios eclesiales, se ha hablado *sobre* la diversidad más de lo que se ha escuchado “a” las personas concretas.

Esto no es un detalle menor. Cuando una voz no es escuchada, no solo se pierde información: se pierde humanidad. Y cuando eso ocurre en el ámbito de la fe, también se debilita la posibilidad de reconocer la presencia de Dios en esas historias.

El modo de escuchar de Jesús marca otro camino. Él no escucha para responder rápidamente ni para corregir de inmediato. Escucha dejando que la persona se exprese, incluso cuando su voz rompe esquemas o incomoda a quienes están alrededor. Su escucha abre espacio, no lo cierra.

Una pastoral de la diversidad que quiera ser fiel al Evangelio necesita asumir esta actitud como punto de partida. No se trata de una estrategia ni de un gesto de buena voluntad. Es una forma de conversión: pasar de tener respuestas preparadas a estar disponibles para escuchar preguntas reales.

Escuchar implica exponerse. Implica dejar que lo que el otro dice cuestione nuestras certezas, amplíe nuestra mirada, transforme nuestras prácticas. No es un proceso rápido ni siempre sencillo, pero es profundamente necesario.

Cuando las personas LGBTIQ+ encuentran espacios donde sus voces son verdaderamente escuchadas, algo cambia. No solo en ellas, sino en toda la comunidad. Porque esas historias —con sus búsquedas, sus heridas y sus esperanzas— también son lugar de revelación.

Quizás la pregunta no sea solo qué decimos como Iglesia, sino cuánto estamos dispuestos a escuchar.

¿Qué pasaría en nuestras comunidades si aprendiéramos a escuchar antes de hablar?